

La Biblioteca Nacional de Madrid

Dice que a las veinticuatro horas de muerto el insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo y cuando, según los técnicos en la materia, aun no se había enfriado suficientemente el cadáver del sabio ex polígrafo, ex director de la Biblioteca Nacional y "ex célebre" amigo nuestro, cuando ya varios "pardiñas" del no menos ilustre "sabihondo" doctor Menéndez Pidal, andaban revolviendo a Itoma con Santiago para atraer las miradas del gobierno sobre su preferido candidato a la susodicha dirección.

Los duendes de la camarilla pidalina minaban todos en esa dirección... y acusó veían algo así como el logro de sus pacientísimos afanes y desvelos.

No hay nada mejor que estas ilusiones (más o menos engañosas) para quitar el sueño a estos jóvenes intelectuales de pega que aspiran nada menos que a la reconquista moral de España, y toman por cabeza visible (hay quien piensa que por cabeza de turco) al primer "sesudo horno" que, iras un par de viajes a Berlín, llega a nuestra tierra después de haber aprendido a sujetarse el monóculo y a despreciar las mesas tostadas con manteca de nuestros cafés madrileños. ¡Ah!... ¡Los pequeños filósofos!...

Un Kant de estos de pura raza española, en cuanto se cruza con media docena de ideas alemanas, toma todo el aspecto de un bock de cerveza. Todo es espuma, y nada más que espuma. Para aprovechar algo, hay que esperar a que "se siente"... y descansar.

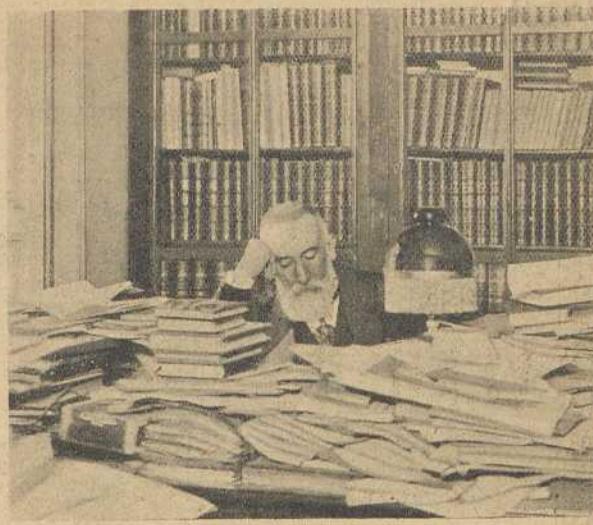
Los pidalinos querían sentar a su ídolo, ni más ni menos que en el mismísimo sillón de la Nacional y, para conseguirlo, puede decirse que han echado el resto.

Hasta han llegado a dar en la entrañable manía de repartir profusamente un catálogo de las numerosas obras publicadas hasta el día por su fetiche, cosa después de todo muy puesta en razón porque, a decir verdad y sin modestia alguna, el que más y el que menos estábamos "in albis" o como quien dice, sin probar bocado de toda la suculenta labor cultural servida por Menéndez Pidal en los ciento y pico de voluminosos infolios que con el cariñativo fin de proteger la industria papelera, lleva dados a luz en poco más de cinco años, día más, día menos.

Pero cátate aquí que, frente a esta camarilla, álzase la de otro candidato llamado "El Bachiller Francisco de Osuna", para quien todos los elogios son pocos. Y esto, completamente en serio, sin mezcla de chirigota alguna.

El asunto entonces llega a su grado máximo de interés. El gobierno vacila; busca una solución decorosa o decorativa, algo así como darle la dirección a Pidal y cualquier otro cargo al abrigo de una renuncia decente al "Bachiller"; pero la opinión se encrespa y grita una vez más: "¡Venganza y guerra!..."

El ministro entonces hace merced del alto puesto de bibliotecario al de Osuna, sin que las huestes pidalinas digan esta



Don Francisco Rodríguez Marín (El Bachiller Francisco de Osuna), nuevo director de la biblioteca, en su despacho.

protesta es mifa. ¡Ya era hora!... (como dicen los folletinistas). Un minuto más, y el problema, que ya parecía "insoluble", se hubiera trocado en "insalvable", pero que, con todas las de la ley.

Queriendo averiguar algo nuevo, raro, curioso, interesante, estupendo, sensacional, del tan cacareado asunto de la Nacional, entré en la biblioteca con ánimo de "intervinar" al primer "bicho viviente" que me saliera al paso. Y quiso Dios que fuera éste un precioso gato negro (con el que en tiempos hice buena amistad) y que interrogado en lengua felina, dijese así:

—Amigo mío... ¡Para qué te voy a engañar!... "El Pantheon de los L'bros", como yo de antiguo llamamos a esta santa casa, está cada vez más dejado de la mano de Dios. ¡Ya no vienen más que lectores de Felipe Trigo!... Ciento que nunca por mucho trigo es mal año, pero es una vergüenza. Después de todo, ... a mí "Prim"... es lo único que me gusta de la Biblioteca. Verdad que en cuanto te sales de los "Episodios", de don Benito o de la "Historia" de Mariana, te cuesta un triunfo conseguir cualquier tomo. Hay obras que antes de entregártelas exigen el certificado de buena conducta, la cédula personal, fe de vida y palabra de honor de no contar a nadie las penitencias que sufre el infeliz lector que tiene la osadía de pedir una obra que no esté al alcance de la mano.

—De modo que esto sigue tan desorganizado!

—Peor! Yo tengo en proyecto la publicación de un "Manual del Perfecto Lector de Bibliotecas Españolas", donde explico hasta el color de las corbatas que se deben llevar para pedir tales o cuales libros; diversas maneras de despertar a los empleados, sin que se molesten, y martingales para que no contesten: "Lo están leyendo"..., "Está encuadrando-se"..., "No se da"..., etc., etc. También explicaré por qué la higiene está refida con la ilustración y memoria de no ensuciarse en los salones de la biblioteca, (que es no entrando para nada).

—Pero, amigo gato, no será tanto como dices.